

La Biblioteca Nacional, o las 4 Patas del Gato en los Homenajes a Artigas

— **EL IRSE POR LAS RAMAS** es una de las tantas maneras que tiene la gente a veces de sacarle el cuerpo a las cosas más de cajón. Y el hecho de recordar la existencia de estas últimas puede ser, incluso, hasta antipático. La ocasión y la oportunidad concreta son sin embargo demasiado tentadoras como para que nos resignemos a sujetar la lengua.

Está ahí la biblioteca nacional, unida íntimamente en su nacimiento al Gobierno de Artigas. Está ahí también, parado como un reloj olvidado en el fondo de un ropero, el edificio nuevo especialmente construido junto al Liceo Francés. Estamos, para más datos, en el año de Artigas y suman ya docenas los "preocupados" por encontrar el o los homenajes adecuados. Hasta la de plantar árboles ha salido entre la redada innumerable de ideas felices.

Pero a nadie se le ha ocurrido que empezando por lo de "Sean los orientales tan ilustrados como valientes" y siguiendo, a través de la lógica más elemental por el camino de las cosas que se caen de su propio peso, el homenaje cantado, si es que de alguno precisa el héroe, no es ni puede ni debe ser otro que el poner de una buena vez sobre la mesa los pocos pesos que faltan para terminar y amueblar el edificio nuevo de la Biblioteca Nacional. Aquí sí que convendría un poco menos de "Artigas de bronce" y unas ramas menos de "Árbol de Artigas" para proceder sin tantas vueltas al más espiritual de los tributos y a la más significativa de las recordaciones: Habilitar, aunque más no sea, para los pibes de preparatorios y para los curiosos de la cultura, antes de que se nos termine este año de centenario, las salas de la que debiera ser biblioteca modelo.

LA BIBLIOTECA NACIONAL

Los cálculos son después de todo los cálculos y pueden fallar, como los jueces, las novias o los combinados de fútbol. No obstante lo cual, suelen ser ilustrativos y susceptibles de ser traídos como de la mano para dar idea de las cosas. Ahí, dormidita como está en los bajos húmedos de la Facultad de Derecho, nuestra Biblioteca Nacional, sin ser de las mejores del mundo, no es tampoco ni muchísimo menos de las peores. Sus buenos 300.000 mil volúmenes tiene, y esto ya es bastante. Se calcula que si hubiera que ponerlos todos en un solo estante éste tendría un largo tal que de apoyarse una punta en la Plaza Cagancha la otra iría a dar más o menos en Malvin.

Y si alterando el programa se resolviera en cambio deshacer uno por uno los libros y extender una junta a otra cada hoja de ellos, se lograría una superficie de papel de dimensiones aproximadas a las del Departamento de Río Negro. Y si todas las líneas de estos libros se extendieran una delante de la otra, enrañándolas hasta hacer con ellas una sola larga línea (o una sola línea larga, que diría José Asunción Silva), esta línea de escritura equivaldría por su longitud a un tercio de la distancia existente entre la tierra y la luna. El último cálculo sin embargo, el que hemos reservado para el final, el más redondo y el que más impresionante resulta, por lo menos para un servidor, es otro: una persona que se pusiese a leer toda nuestra Biblioteca Nacional, al respetable tren de un volumen por día, emplearía alrededor de unos mil años para leerla entera. Tarea, según se ve, que además de bastante tiempo libre, exigiría asimismo unas cuantas atmósferas de aguante.

SU ORIGEN

Nació este tesoro nacional en una época ya remota (1835), más propicia por cierto a los mamperros de un sable que a las lecturas meditadas. Gobernaba esta tierra el Patriarca Artigas, y estaba fresca todavía la sangre de Guayabos, derramada para expulsar a los últimos extranjeros de nuestro suelo. No pasarían muchos meses por lo demás, sin que volviera a empaparse con las matanzas de las invasiones portuguesas que aca-

baron para siempre con el poder material de Don José Gervasio. Período de la Patria Vieja ha sido llamado con toda propiedad este tiempo artiguista, y la Biblioteca Nacional tiene el mérito de ser, según creo, la única institución pública que de entonces nos ha quedado. Por esto sólo sería la más noble de todas, si no viniera además a agregarse su nobilísima finalidad. Varias personas protagonizaron de algún modo el papel de padrinos en su nacimiento. Varias personas a las cuales la historia y la desagradecida cuando no malagradecida o equivocadamente agradecida posteridad, ha tratado con diversa justicia. Vamos a elegir sólo tres, y a nombrarlas desde ya: son (o han venido por lo menos a ser con el tiempo) calle, avenida y bulevar respectivamente: Pérez Castellano, Larrañaga e "El vero" Artigas en persona.

Aunque también conviene dejar establecido y cuanto antes que el origen verdadero, ya que no de la Biblioteca, por lo menos de su acervo bibliográfico, es un poco más lejano y se vincula con los Padres de la Compañía de Jesús. Estos, claro, no podían ir a la guerra y, privados de entretenimiento en las cuchillas, terminaron por apilar algunos libros con que disimular el frío de las paredes del Convento de San Estanislao de Koska, que así se llamaba el que tenían en Montevideo. Fueron los Padres expulsados de esta ciudad como de todos los dominios españoles por Carlos III. La orden se cumplió aquí el 6 de julio de 1767. Y los padres dejaron sus libros, que ascendían a la cifra de mil novecientos treinta. El programa de qué hacer con ellos (cualquier cosa, claro, menos leerlos) debió preocupar al por entonces Gobernador Don Agustín de la Rosa. Y lo cierto es que hay una orden de la Junta de Temporalidades de Buenos Aires, fechada en 1779, por la que se dispone sean separados todos los libros inconvenientes o "de relajada doctrina" (como si los hubiera habido) y se entreguen al cura de la ciudad los restantes. "con intervención del Cabildo, para que sirvan al público."

PRIMERAS DIFICULTADES

La cosa no pudo ser, sin embargo, porque aunque buena voluntad había bastante, lo que no había ni buscándola corcandiles era una pieza donde habilitar la "biblioteca". Es decir, haber, había una... Pero después de mucho dudar las autoridades convinieron en que más necesario resultaba un hospital que una biblioteca. Y la destinaron a aquel fin. Con los libros se tuvo que quedar el pobre Cura, que se llamaba Ortega, quien soportó durante cuatro años aquella carga, al final de los cuales y por tener que ausentarse comunicó a la Junta que no le era posible seguir con los volúmenes. La Junta dispuso entonces que se los dieran a otro Cura, el interino de la Matriz, que era don José Manuel Pérez Castellano. Esto pasaba en 1775, hace casi dos siglos. Pero hemos llegado ya a nuestro primer personaje fundamental y nos corresponde detenernos un poco. No sin antes haber comprobado que lo de sufrir penurias en busca de local es el signo mismo de nuestra Biblioteca Nacional. Signo que como una llaga en su destino la ha perseguido desde entonces a acá.

LA CALLE: PEREZ CASTELLANO

Era el cura José Manuel Pérez Castellano un individuo notable, de esos que cuanto mejor se estudia más se agrandan, admiran y quieren. A diferencia del blanduzco padre Larrañaga, tanto, y tanto más injustamente apreciado que él, fue Pérez Castellano un hombre de una pieza, capaz de jugarle el todo por el todo cada vez que lo creyó conveniente y sin un solo renuncio a través de su larga vida.

Retirado en su quinta o chacra del Miguelete, dividió el Dr. Pérez Castellano su vejez entre la agricultura y los libros. Y próximo ya a la muerte, ocurrida el 1º de septiembre de 1815, se ocupó de estos últimos en un testamento conmovedor, donde dispone mil cosas y que lo pinta, como todos los actos de su vida ejemplar, de cuerpo entero: que no se le entierre dentro de una iglesia, práctica que desaprobaba; que se concediese libertad a sus esclavos; que los funerales fueran breves, "para que puedan soportarlos los que tengan la caridad de asistir a ellos", etc. En lo relativo a la casa que tenía en la ciudad, la destinaba a edificio de una biblioteca pública y a vivienda de su Director, excepto las piezas que dan a la calle, las que se alquilarán para obtener fondos con que conservar la biblioteca y pagarle a quien de ella se encargue, cuatrocientos pesos anuales.

Aunque esto, claro, no se cumplió, los libros aquellos —que incluían los de los jesuitas sumados a los muchos propios del Dr. Pérez— constituyeron el primer núcleo de la Biblioteca. Y creo yo que basta el testamento y este hecho para considerar de una vez y para siempre a este cura estupendo como el verdadero fundador de nuestra Biblioteca. Ningún documento posterior, ningún razonamiento, ninguna disquisición que venga luego, debe persuadirnos de que esta gloria no le corresponde a él, sino al plasta de Dámaso Antonio Larrañaga.

LA AVENIDA: LARRAÑAGA

La primera objeción a la candidatura Pérez para el título de fundador, la formula el propio Larrañaga. Al proclamarse a sí mismo fundador, unos meses después, en el discurso inaugural de la Biblioteca, la cosa vino así: A mediados de 1815 fué mandado Larrañaga desde Montevideo hasta Paysandú con una misión especial delante del General Artigas que tenía allí su campamento. Atravesó Larrañaga el país en un coche y a estar a su diario de viaje a Paysandú, parece que no hubo yuyo ni árbol por el camino cuyas características no anotara y clasificara este hombre apocado, mediocre como sacerdote pero como herborista, excelente. No sabemos que impresión habrá hecho don Dámaso en el sufrido campamento artiguista, pero debieron hablar entre ellos de la conveniencia pública de una biblioteca, porque ni bien estuvo de vuelta en Montevideo, propuso Larrañaga al Cabildo la idea de instalarla. Ofrecía para ello donar sus propios libros, que vienen así a ser el tercer contingente de importancia, junto al del convento jesuita y a los personales de Pérez Castellano. Sugirió que se lo consultasen al propio Artigas y la contestación de éste no se hizo demorar.

EL BULEVAR: ARTIGAS

"Yo jamás dejaría de poner el sello de mi aprobación a cualquier obra que en su objeto llevase esculpido el título de pública felicidad", fué la rápida respuesta del Jefe.

"Por mi parte —dice al Cabildo— daré V.S. las gracias a dicho paisano (Larrañaga), protestándole mi más íntima cordialidad y cuanto dependa de mi influjo, para el adelantamiento de tan noble empeño."

Para claro está que no era Artigas

hombre de conformarse con declaraciones, y ni bien apoyó el proyecto, ya le arrimó el hombro también, según su costumbre, de manera más efectiva. La que consistió en recordarle al Cabildo que todavía debería estar en banda por ahí una biblioteca que había sido del Cura Ortiz, donada por éste para la biblioteca de Buenos Aires. "Si aún se halla ésta por ahí, decía el Jefe, aplíquese de mi orden a la nueva de Montevideo". Y otro tanto había que hacer, según disponía el General, con los libros pertenecientes a "propiedades extrañas". "Propiedades extrañas" eran la de los españoles contrarios a la Revolución: algo así como el equivalente, para aquella época, de los bienes nazis.

Terminó todo esto, como no podía ser menos, en la inauguración pomposa de una biblioteca. Realizose esta en mayo de 1916. Hasta los presos no peligrosos fueron dejados en libertad ese día, para que hicieran número. Y hubo, asimismo reparto de plata (unos quinientos pesos, en total) entre el pueblo. En el acto, claro, habló Larrañaga en persona, pronunciando un discurso que resulta el comprobante mejor de los puntos que calza. No hay aquí sitio, por desgracia, para transcribir algunos de aquellos párrafos trebuchados con que apabulló a la concurrencia. Pero con oratoria y frases medio de rematador o empleado de comercio, hizo el reclame libro por libro y materia por materia de todo lo contenido en los estantes. "Tenéis aquí, decía, las más selectas ediciones de la Biblia... Tenéis una colección copiosa de Santos Padres... los Crisóstomos y Crisólogos, los Basilio y Ciprianos, los Agustinos y Tomases, los Gerónimos y Tertulianos, los Prudencios y Bernabes, padres todos que, con otros, adornan este Establecimiento." "Tenéis a Homero, y al correcto y prudente Virgilio, su Eneida, Bucólicas y Geórgicas, con las últimas ilustraciones de Binet, etc., etc." Y sin más ni más sugería don Dámaso a la analfabeta concurrencia la tarea de componer unas Bucólicas o Geórgicas, ella también, a imitación de Virgilio y añadiéndole todos los conocimientos añadidos después de ese poeta a las cosas agrestes. "Para ello tenéis el Semanario de Agricultura, abundante y varlo, etc., etc., el Manual del Agrónomo, los Elementos naturales y Químicos de G. A. Gyllenborg, y el Diccionario de Miller." Esta última obra, estaba en idioma inglés. "Pero no importa!", exclamaba don Dámaso. "Tenéis aquí diccionarios y gramáticas de las más útiles, para aprender esta y otras lenguas."

Claro que esta silvestre biblioteca no duró mucho. La deshicieron los portugueses al tomar pocos meses más tarde la plaza de Montevideo. Hubo que dar alojamiento al General Sebastián Pinto de Araújo Correa. Se eligió aquella pieza y se firmaron los libros por la ventana. El "fundador" Larrañaga era uno de los dos que salieron a entregar las llaves de la plaza al lusitano Lecor. Y uno de los que votó poco tiempo después la anexión de nuestra tierra, con libros incluso, y yuyos y hierbas también, a la corona portuguesa.

Pero no podemos por desgracia seguir con tan hermosa historia. Si la trajimos a cuento fué simplemente, porque a poco que se busque el origen de este monumento del pasado y del futuro nacional, a poco que se compruebe su calidad de única prenda artiguista de fábrica que nos queda, surge como el 93 a la cabeza en un día de San Cero, la necesidad de elegirla para radicar en ella el mejor de los homenajes al prócer. ¿Cómo? Ya lo dijimos: arrimando los pocos pesos que faltan para darle por fin el edificio en consonancia con su carácter, que no corra peligro de ser robado por ningún militarote de Portugal.

Manuel FLORES MORA